

Joan TIMONEDA, *Rosas de romances. Volumen II. Rosa de Amores. Rosa Gentil* [1573], edición facsímil y estudio de Vicenç Beltran. México D. F., Frente de Afirmación Hispanista, A. C., 2020, 853 pp. ISBN: 978-84-09-18699-0.

Tras la publicación de las *Rosas de romances, volumen I (Rosa de Amores y Rosa Gentil*, 2018), sale a la luz, como facsímil de la colección consolidada por el Frente de Afirmación Hispanista, A. C. (México), la edición del segundo volumen que cierra con un broche de oro el proyecto de publicación de las cuatro partes que constituyen el repertorio romancístico llevado a cabo por Joan Timoneda; en este caso, la *Rosa Española* y la *Rosa Real*, obra encabezada por una investigación monográfica a cargo de Vicenç Beltran, en el marco del proyecto *De poetas y cancioneros: hacia un nuevo canon de la poesía cuatrocentista* (FFI2016-78302), dirigido por la Profa. Dra. Cleofé Tato.

La reproducción facsimilar, de igual modo que el resto de publicaciones de esta colección, además de constituir un producto de alta calidad, no representa obstáculo insalvable para quien quiera acercarse a estos documentos impresos, testimonios del español áureo; si bien es cierto que el principal público receptor al que van destinadas este tipo de ediciones requiere, como especialista en la materia, de una serie de conocimientos filológicos previos (lengua, literatura, historia, métrica y ortotipografía) conducentes a la compleja comprensión textual de la materialidad gráfica conservada en su contexto cultural más adecuado.

Precisamente son estas las herramientas que construyen el estudio introductorio de la mano de Vicenç Beltran. En este caso, la minuciosa labor de investigación ecdótica de unas casi 400 páginas (de las cuales un centenar se corresponden con las anotaciones) se erige en un auténtico monográfico que, unido a las más de 300 páginas del volumen anterior¹, queda materializado en uno de los más completos estudios sobre la figura de Timoneda y su labor de compilador-editor-autor de romances en época de los Austria. Es en 1573 cuando tiene lugar la publicación de la *Rosa Española*, segunda parte de los romances recogidos por Timoneda, acompañada de una declaración de intenciones que no difería de los romances recogidos con anterioridad: la importancia de la labor linajística, además de la reivindicación política

¹ Toda la información relativa al contexto cultural de la época, así como otras cuestiones previas al estudio de cada uno de los romances recogidos en la obra de Timoneda, encuentra desarrollo en el primer volumen, razón por la que todos estos datos no se repiten en el estudio de la presente edición.

subyacente en el proyecto de Timoneda, tal como señala Beltrán en la introducción (pp. 14-15).

El grueso de la investigación lo conforma el estudio individual de los romances de la *Rosa Española* (pp. 17-244), cada uno de los cuales están colacionados con las versiones documentadas en otras colecciones coetáneas a la obra de Timoneda, como es el caso de la *Silva de varios romances* (editadas por Beltrán en el Frente de Afirmación Hispanista), cancioneros de romances, pliegos sueltos y otras obras romancísticas de primer orden. Esta labor de contraste permite a Beltrán subrayar las adiciones e innovaciones por parte de Timoneda y, de esta manera, caracterizar la estilística propia y genuina de su obra.

Esta colección se abre con el grupo de romances que conforman el ciclo de Bernardo del Carpio, quien encarnó «la defensa del reino de Asturias y León contra un supuesto intento de absorción por Carlomagno» (p. 17). De esta parte sorprende, por un lado, que Timoneda apenas haya aprovechado el material publicado en otras colecciones (Sepúlveda, Nájera o en el mismo *Cancionero de romances*), así como, por otro, sus constantes intervenciones, muestra representativa del papel activo de nuestro autor a la hora de componer y coleccionar estas piezas poéticas², tomadas a su vez por otras colecciones tales como la *Silva de varios romances* (p. 38).

Siguen los romances de la historia de los siete infantes de Lara en los que «se aligeran los pormenores y se alivia el conjunto y el relato gana en viveza y en agilidad» (p. 43), rasgo revelador de la maestría versificadora por parte de Timoneda, autor de las variantes e innovaciones de estas composiciones impresas. Continúan los romances sobre el cerco de Zamora, procedentes de los cantares de gesta, en cuyos casos las intervenciones por parte de Timoneda (que generalmente mejoran el texto) se centran en pequeñas cuestiones estilísticas que no afectan al metro de los versos –el isosilabismo es uno de los rasgos caracterizadores de los romances de transmisión culta–; es el caso del mantenimiento de pronombres átonos desusados u otras formas arcaicas que perduraron en el español áureo, cuyo empleo responde, fundamentalmente, a las exigencias métricas de los versos³. Tal como se desprende del estudio de Beltrán, la introducción de los resultados que ofrecen las investigaciones

² La colección por parte de Timoneda, propia de los gustos literarios y de las necesidades históricas de su época, se caracteriza, fundamentalmente, por recoger romances de clara herencia letrada, desarrollados desde un núcleo culto con características propias de la literatura de prestigio: recursos formales de construcción alegórica, gusto por la mitología y una consciente interrelación literaria.

³ Tendencia que ya se observa en la tradición poética medieval, tal como se ha estudiado en Francisco Pedro Pla Colomer (2014), *Letra y voz de los poetas en la Edad Media castellana. Estudio filológico integral*, Valencia, Tirant humanidades. De igual modo, en esta línea de transmisión culta, hay otros rasgos que apuntan a la conservación de ciertas variantes en el proceso de colación textual que responden a la tradición cantada (p. 56).

de Historia de la lengua conduce a una recuperación original de la materialidad textual conservada más ajustada a cada época.

Siguen los romances del Cid Ruy Díaz, cuyas constantes intervenciones son producto del entrecruzamiento de la tradición impresa (culto, escrita) y la oral (cantada), entre las que destaca el empleo de expresiones y descripciones topificadas que forman parte de una tradición romanceril en concreto. Muchas de estas piezas, además, tuvieron el propósito propagandístico de la lucha contra los musulmanes en una época de tensión social ante el avance berberisco «que habría de culminar con la caída de Túnez en manos de Barbarroja y la expedición imperial de 1535» (p. 102). De igual modo ocurre con los romances del rey don Rodrigo, así como los que abordan la guerra de Granada, entre los que, además de constatar un complejo sistema de transmisión textual (p. 128), sobresale la introducción de los romances de tema morisco, innovación del poeta valenciano que retomará más tarde el romancero nuevo⁴. Todo ello es muestra de cómo la propaganda, los intereses políticos y la literatura se entrelazan en el complejo proceso de construcción y transmisión textual romancística.

Sigue el minucioso estudio ecdótico con el ciclo dedicado al maestre de Calatrava y, posteriormente, los romances sobre la guerra de Granada, ejemplo de cómo el romancero erudito bebe de las fuentes cronísticas para construir la estructura de los hechos que en ellos se narran. Asimismo, este tipo de romancero bélico presenta una forma propia por parte del compilador en lo que concierne a las descripciones y el uso de la *amplificatio* (p. 190). Tras la caída de Granada, final de la serie de romances que comenzaron con la historia de don Rodrigo, da comienzo la serie que aborda los «casos desastrados», centrados, sobre todo, en los sucesos acaecidos durante el reinado de Pedro el Cruel y la guerra civil con los Trastámara. A lo largo del estudio de estos romances, Beltran da cuenta de los recursos lingüísticos empleados por Timoneda en sus intervenciones, como podría ser el caso del uso de catalanismos (p. 216), rasgo diferencial entre los textos conservados en la colección de Timoneda y las variantes de otros testimonios que permite asegurar la originalidad de las intromisiones de nuestro poeta.

Cierra la *Rosa Española* una colección de romances centrados en los sucesos linajísticos de la historia del Reino de Aragón con un profundo interés por parte de nuestro autor a la hora de reescribirlos, en tanto proyecto propagandístico con claros matices políticos.

⁴ Añade además Beltran (p. 139): «[...] dada la irrupción de esta corriente social y literaria en la poesía del reinado de los Reyes Católicos y dada la vinculación del romance estudiado a la memoria linajística de los reyes de Aragón, me pregunto si el origen remoto del romancero morisco habrá que situarlo [...] durante este período, exactamente cuando el romance «Yo me era mora Moraima» logró penetrar en el *Cancionero general*».

La cuarta y última parte de las *Rosas* es la llamada *Rosa Real* y la conforman romances sobre figuras de relevancia en la corte de los Austrias, la familia real y otros personajes públicos (nobles y eclesiásticos) de la vida política valenciana. Así como el desequilibrio entre las dos partes es patente, la elección por parte de Timoneda de cerrar su romancero con esta colección es totalmente significativa: «[...] suponían un final coherente con su programa editorial, siempre atento a los intereses de la alta sociedad valenciana que tan visiblemente ha cuidado a lo largo de los cuatro volúmenes» (p. 246).

Las conclusiones de este volumen –que sirven a su vez de cierre de la edición completa de las *Rosas*– se abren con una aclaración lingüística sobre el empleo del castellano como lengua vehicular de cultura que viene acompañada, en el caso de la obra romancística de Timoneda, de una fuerte vinculación con su tierra valenciana. A su vez, el núcleo central, basado en la historia de Castilla, hunde sus raíces en la lucha contra el infiel, tamizada de un fuerte barniz propagandístico. Desde el punto de vista formal, el romance estaba considerado como el género apropiado para la narración de acontecimientos, al tiempo que la octava era el metro adecuado para la épica culta, por lo que Timoneda, tanto en forma como en contenido se erigió en fuente de primer orden del género romancístico hasta la mutación hacia el romancero nuevo. No es de extrañar, por tanto, que su papel como editor fuera más allá de una simple actitud pasiva, en tanto «actuaba con conciencia autorial, corrigiendo cada vez originales que hemos de considerar suyos» (p. 282); en otras palabras, la figura de Timoneda es la de colector, autor y refundidor.

La recepción de su obra, sin embargo, a pesar de ser fuente obligada a la hora de incorporar romances antiguos, coincidió con el momento de cambio hacia nuevos gustos poéticos que conformarán el romancero nuevo de finales de siglo y comienzos del xvii. Timoneda había quedado anticuado y apartado de los nuevos modos poéticos; sin embargo, tal como concluye magníficamente Beltrán: «entre 1547 y 1573 se produjo la recuperación y la revitalización de un mundo que parecía condenado a desaparecer y que, gracias al esfuerzo de unos pocos paladines (Nucio, Nájera, Timoneda) sobrevivió y llegó hasta nuestros días» (p. 294).

Francisco Pedro PLA COLOMER
fpla@ujaen.es
Universidad de Jaén